

## ORACIÓN

Señor Jesús:

Suscita en nuestros corazones una profunda sed del agua viva que eres Tú: calma y sacia nuestra sed. Haz que nos desengañemos de toda otra agua que no sacia el corazón humano.

Despierta en cada uno de nosotros lo mejor que anida en lo más hondo de nosotros, como en la samaritana.

Y concédenos adorarte a Ti y a tu Padre “en espíritu y en verdad” en todas las cosas.

## TEXTO

### LUCAS 7,36-8,3

«<sup>36</sup>Pero **uno de los fariseos** le rogó para que comiera con él y, entrando en la casa del fariseo, se puso a la mesa.

<sup>37</sup>Y he aquí que **una mujer**, que era **pecadora** en la ciudad, habiendo oído que estaba a la mesa en casa del fariseo, trayendo un [frasco de] alabastro de mirra <sup>38</sup>y colocándose detrás, a sus pies, llorando, empezó a regar sus pies con las lágrimas, y con los cabellos de su cabeza los enjugaba, y besaba sus pies y los ungía con mirra.

<sup>39</sup>Pero, al verlo, **el fariseo** que le había llamado se dijo para sí, diciendo: “Si este fuera profeta, sabría quién es y qué clase de mujer la que le toca: **una pecadora**”.

<sup>40</sup>Y, respondiendo, **Jesús** le dijo: “**Simón**, tengo algo que decirte”.

Pero él: “Maestro, di” –dijo.

<sup>41</sup>“Un acreedor tenía dos deudores; uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. <sup>42</sup>No teniendo cómo pagar, perdonó sus deudas a los dos. Así que, ¿cuál de ellos le amará más?”.

<sup>43</sup>Respondiendo **Simón** dijo: “Supongo que aquel a quien le perdonó más”.

Pero él le dijo: “Has juzgado correctamente”.

<sup>44</sup>Y volviéndose a **la mujer**, dijo a **Simón**: “¿Ves a **esta mujer**? Entré en tu casa; no me diste agua sobre los pies, pero ella ha regado mis pies con lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. <sup>45</sup>No me diste un beso, pero ella, desde que estaba entrando, no cesaba de besarme los pies. <sup>46</sup>No me ungiste la cabeza con óleo, pero ella ha ungido mis pies con mirra. <sup>47</sup>Por eso, te digo que son perdonados sus muchos pecados, porque ha amado mucho. Pero al que poco se le perdona, poco ama”.

<sup>48</sup>Pero le dijo [a la mujer]: “**Tus pecados** están perdonados”.

<sup>49</sup>Y **los comensales** comenzaron a decir entre ellos: “¿Quién es este, que hasta perdona pecados?”

<sup>50</sup>Pero dijo a **la mujer**: “**Tu fe te ha salvado. Vete en paz**”.

<sup>8</sup>Y sucedió que, después de esto, **él** iba de camino por ciudades y aldeas, **proclamando** y **evangelizando** el reino de **Dios**, y **los Doce** [iban] con **él**, <sup>2</sup>y **algunas mujeres** que habían sido curadas de malos espíritus y enfermedades: **María**, la llamada **Magdalena**, de la que había echado siete espíritus, <sup>3</sup>y **Juana**, mujer de Cusa, intendente de Herodes, y **Susana** y **otras muchas**, que los servían con sus bienes».

## COMENTARIO

### PRIMERA UNIDAD (7,36-50)

- La historia de la pecadora impresiona por su simplicidad y su coherencia. Pero ni su simplicidad es tan simple ni su coherencia ha impedido que surjan grandes controversias sobre la génesis del texto: ¿habla principalmente de la mujer, del fariseo o de Jesús? El tema general del capítulo 7 es la visita salvadora de Dios y la identidad de sus mensajeros (cf. 7,49). Mientras que los capítulos 6 y 8 contienen el mensaje de Jesús, el capítulo 7 trata este doble tema mediante relatos breves.

La invitación hecha a Jesús por el fariseo sirve de introducción y califica al texto de escena de banquete (*symposium*, v. 36). Como suele suceder, un curioso incidente provoca el diálogo (aquí, el comportamiento de la mujer, vv. 37-38). Este incidente termina con la reacción del fariseo (v. 39) que condena a Jesús en su mente, no esperando ya ningún diálogo y lamentando probablemente haberlo invitado. *Lo que para unos es el final, para otros es el comienzo*. Jesús actúa con un conocimiento plenamente profético de los corazones (v. 40a). Jesús narra a continuación una corta historia (vv. 41-42a), que a primera vista no tiene nada que ver con el incidente de la mujer. El fariseo está formulando ya en su interior su propio juicio (v. 39): pecado (para la mujer) y nada de profeta (para Jesús). Llega entonces la pregunta de Jesús sobre el amor activo (v. 42b); comienza el debate. El profeta discutido en el v. 39 asume el papel de maestro («maestro», v. 40) y califica con una buena nota («has juzgado correctamente», v. 43) a su alumno fariseo. Mientras que el fariseo tiene que descender de su rango de maestro (primera secuencia) a la de alumno (segunda secuencia), Jesús va reconquistando poco a poco su autoridad discutida. Pero todavía está solo a mitad de camino. En la tercera secuencia (vv. 44-47) va a establecer dos relaciones: la primera entre la mujer y Simón, con esa peripecia narrativa en la que se vuelve hacia la mujer para hablar al hombre (v. 44a), y la segunda entre el acto de fe de la mujer y su propia palabra. El resultado de esta comparación no es que ella ha hecho lo que tú no has hecho, sino que ella ha hecho **más** de lo que tú no has hecho. Simón tiene que bajar todavía un peldaño más. No tiene nada que decir y Lucas lo deja en silencio ante la decisión que hay que tomar. Jesús, sin embargo, sigue hablando con autoridad: legítima (v. 47a) tanto el comportamiento de la mujer como su propia actitud; luego lanza, como un relámpago, un juicio severo. El fariseo que juzgaba debe ahora sentirse juzgado, aun cuando, por su forma, la frase no sea más que una sabia observación (v. 47b). Después de este denso diálogo, que se caracteriza totalmente por su empeño en convencer a Simón, Jesús debe una respuesta a la mujer. Por eso el episodio concluye con la palabra de perdón (v. 48). El desarrollo de esta historia hace ver la dramática división de Israel (vv. 29-30). En tiempos del Bautista, como en tiempos de Jesús o de la Iglesia, algunos pecadores acogen el mensaje liberador de una forma inesperada (v. 29), mientras que los que se llamaban justos se quedan al margen (v. 30). Al final del relato (v. 49), surge de la sombra un cuarto polo: los otros invitados («los que estaban a la misma mesa», «los convidados»). La pregunta que se hacen asocia a Jesús con el perdón. No se nos dice cómo responden a su propia pregunta ni cómo reacciona Jesús ante ellos. El relato quiere terminar hablando de la mujer. Había entrado en la casa y conviene que salga de ella. Jesús la despide con bondad después de haber revelado, con una terminología que no había empleado hasta entonces (la fe que salva), la razón por la que perdona (v. 50).

- *Primera secuencia (vv. 36-39)*: La invitación (v. 36a) y su aceptación (v. 36b) se refieren de un tirón. Los judíos habían adoptado la costumbre griega de comer recostados con ocasión de banquetes; «a sus pies» implica la posición recostada, que confirman en el v. 49 las palabras «los que estaban recostados a la misma mesa», «los invitados». El género literario del *simposio* utilizaba a menudo un incidente imprevisto para hacer que se entablara la conversación; aquí se trata de la llegada inesperada de la mujer (v. 37). La repetición de la palabra «fariseo» deja prever una discusión encarnizada (cf. 15,1-2). El «pecado» de la mujer es un pecado social. Que se trata de una prostituta se adivina en la expresión «en la ciudad».

Sin decir nada de su entrada, el relato sitúa a la mujer muy cerca de Jesús, a los pies. Lloro tanto (el participio presente marca la duración) que sus lágrimas inundan los pies de Jesús, como preciosa alternativa a la costumbre de lavar los pies del convidado. Los cabellos sirviendo de toalla o de lienzo producen un efecto teatral. Es la tercera vez que el evangelista habla aquí de los pies de Jesús que la mujer cubre largamente de besos (en imperfecto de repetición). Tan solo entonces derrama la mujer el perfume que tenía preparado (cf. v. 37b). En Israel, se ungía ritualmente al rey, pero siempre en la cabeza. Lo mismo ocurría con la unción de los invitados a su entrada en la casa, y hasta para limpieza personal. Pues bien, Lucas habla claramente de una unción en los pies, lo cual era, incluso en la antigüedad, algo insólito y muy raro. La unción de los pies se encuadraba dentro del esmero de una esposa por su marido o de una hija por su padre, o también en la vida de los vividores y de los afeminados. El recuerdo de esta acción se mantuvo vivo entre los cristianos por lo que tenía de inhabitual. Precisemos: la mujer no pudo encontrar nada mejor para expresar su amor que este gesto erótico. No se trata de considerar toda la perícopa como una escena erótica, ya que la mujer llora, pero sí que se trata de una escena poco conveniente según los criterios de la época: esta criatura se introduce en un banquete (algo reservado a los hombres); trae un frasco de perfume que proviene de lo que se llama vida disoluta; desata sus cabellos (lo cual, para la sensibilidad judía, tiene un efecto altamente erótico); besa los pies y realiza a la vista de todos un gesto que tiene que ver con la intimidad e incluso con las costumbres perversas: le unge los pies.

Pero *Jesús interpreta este comportamiento de manera distinta* a los fariseos y no rechaza este gesto. Todos se llenan de indignación al ver que Jesús se deja «tocar» (v. 39) por una mujer de este género. Jesús rechaza los clichés de la época.

Recordando que es el anfitrión «que lo había invitado», Lucas aviva aún más la indignación del fariseo, que reacciona ante la unción con un soliloquio interior. Su interés se dirige a Jesús, no a la mujer: Jesús («este», peyorativo), piensa Simón, no es un profeta; si lo fuera, sabría quién es esa mujer (su identidad), de qué especie es (la categoría social), a saber, una pecadora (una etiqueta colgada a la mujer).

No son solamente tres voluntades las que se enfrentan, sino tres tipos de conocimiento. La mujer ha sabido que Jesús estaba allí (v. 37), el fariseo cree saber (v. 39) que Jesús no sabe.

- *Segunda secuencia (vv. 40-43)*: Jesús había estado callado hasta entonces y ahora toma la iniciativa: «tengo algo que decirte» tiene que ver con la autoridad del maestro que reclama la atención. Las interpelaciones «¡Simón!», por un lado, y «¡Maestro!», por otro, marcan la nueva relación pedagógica de maestro a discípulo.

Jesús narra una historia simétrica a la situación actual. El empleo de la parábola permite mantener la comunicación y convencer, donde el lenguaje directo podría fracasar. Como parábola, esta historia tiene que abrir a Simón a una realidad nueva. Al escoger el lenguaje de la parábola, que toca al fariseo de forma menos directa, Jesús intenta convencerlo poco a poco, a fuerza de una retórica persuasiva. A los maestros judíos les gustaba servirse de historias de deudores y acreedores, como ejemplos, proverbios o parábolas.

El fariseo acepta de mala gana que el mayor deudor haya sido el más agradecido. «Has juzgado bien», concluye Jesús casi con las mismas palabras que Sócrates.

- *Tercera secuencia (vv. 44-47)*: El fariseo debería dirigir ahora a la mujer una mirada nueva («ves», v. 44, le dice Jesús; cf. «habiendo visto», v. 39). Los tres gestos de la mujer deberían, por contraste, revelar su propia actitud. Él no ha acogido a Jesús como debería haberlo hecho. Este olvido culpable de los gestos de hospitalidad reservados a los huéspedes distinguidos refleja un desprecio interior o bien una duda sobre la importancia de Jesús.

El sentido que salta a la vista del v. 47a (se perdona a quien ama) se ve contradicho por el v. 47b (uno ama porque ha sido perdonado), a no ser que nos inclinemos por una explicación sutil: en este lugar no se describiría el encadenamiento causal de los actos, sino el del conocimiento que se tiene de ellos: su amor sería una prueba de que ha sido perdonada. El v. 47a diría lo mismo que el v. 47b (el amor seguiría al perdón y lo confirmaría). Para Lucas, aun cuando el amor de Dios sigue ocupando el centro de su

mensaje, siempre concede un lugar importante a *la responsabilidad humana*. No hay amor divino sin reciprocidad. Los gestos de la mujer son entonces al mismo tiempo índice y causa de su perdón. Esta parece la solución que encontró Lucas al filo de un largo proceso de la tradición que podríamos resumir así: el episodio contó primero (sin parábola) el gesto de amor de la mujer; luego introdujo la parábola y lo narró todo con una finalidad catequética, a fin de ilustrar la relación entre el perdón y la ética. El v. 47a corresponde teológicamente a la primera etapa de la tradición; el v. 47b, por el contrario, a la segunda. Lucas representa una tercera etapa y deja que siga la tensión en el v. 47.

- *Cuarta secuencia (vv. 48-50)*: Lucas describe a la mujer como una pecadora (v. 37). Por eso le concede el perdón en el v. 48, con la intervención de Jesús y sin tener en cuenta a Simón. No se nos dice si la mujer se alegró de ello, sin duda porque se trata de algo lógico. La raíz cristológica del perdón aparece a través de la pregunta llena de extrañeza de los invitados; el v. 49, así como el v. 48, ocultan algunas huellas de la perícopa del paralítico, son como copias de 5,20-21, como trozos de un relato que vale para todo, que ofrecen una conclusión elegante. La pregunta de los oyentes de 5,20 vuelve a presentarse aquí con urgencia: «¿Quién es este que hasta perdona los pecados?». Esta pregunta prepara para la perplejidad de Herodes (9,7-9), para la opinión de la gente (9,18-19) y para la confesión de Pedro (9,20). Y anuncia también la pasión (9,22).

La historia sigue adelante. Lucas no quiere cerrar con una respuesta de Jesús la pregunta de los convidados, y que la cuestión debe quedar abierta (hasta 9,20.22). Es la mujer quien tiene derecho a una última palabra del maestro. Lucas se contenta aquí de nuevo con una fórmula (v. 50). Quizás se trate de una especie de estribillo. El amor a Jesús y el perdón toman aquí otros nombres: la fe y la salvación; en Lucas estas dos parejas de palabras coinciden entre sí. «Tu fe te ha salvado, vete en paz»: el lector convendría que observase el doble movimiento: del pecado a la salvación («tu fe te ha salvado») y de la salvación a la vida cristiana («vete en paz»).

## SEGUNDA UNIDAD (8,1-3)

- Una transición elegante conduce de nuevo al material de Marcos (8,4ss). El v. 1 introduce una nueva sección, casi en los mismos términos que 5,1 y 7,11. Los vv. 2-3 recapitulan una actividad anterior de Jesús. Estos versículos, en imperfecto de duración, pertenecen al género literario del sumario. Esta enumeración puede compararse con las listas de los discípulos. En los dos casos nos encontramos con personas que son partidarias de Jesús y que colaboran con él. La Iglesia primitiva ve en ello los dos aspectos de su impacto en la sociedad. Los hombres difunden el mensaje, mientras que el «servicio» de las mujeres consolida la vida de la comunidad. Los nombres propios muestran que la autoridad se basa en una responsabilidad personal. La diaconía femenina tiene su raíz en las curaciones milagrosas, la predicación de los varones en una vocación. El número de discípulos no es indiferente: tenemos aquí a tres mujeres, que corresponden al círculo íntimo de los tres discípulos dentro de los Doce. María de Magdala figura en cabeza. La Iglesia primitiva no ocultó el recuerdo de las negaciones de Pedro; del mismo modo, se acordó de todos los demonios de que había sido liberada María Magdalena. La doble actividad de las comunidades post-pascuales, la predicación y la diaconía, tuvo que iniciarse desde antes de pascua.

Para la sensibilidad de aquella época, la libertad de Jesús para llamar a unas mujeres como discípulas es realmente inconcebible. La libertad de estas mujeres que dejan su hogar para unirse a la comunidad en torno a Jesús es igualmente impensable. El que las mujeres se hayan visto confinadas a algunas actividades de diaconía responde a una tendencia de la Iglesia, pero no a las intenciones de Jesús.

- Fiel a su presentación por episodios sucesivos, Lucas marca en el v. 1 al mismo tiempo el corte y la transición. Describe la actividad típica de Jesús en sus términos predilectos: Jesús va caminando según su costumbre (en imperfecto) de un sitio a otro. Lucas, que hasta ahora mencionaba solo las ciudades, nombra también las aldeas. Su camino está al servicio de la proclamación: «proclamar» designa la actividad; evangelizar («anunciar una buena noticia») sugiere el contenido del mensaje. El anuncio de

que Dios reina, o va a reinar, no llena de miedo, sino de alegría; no aplasta, sino que libera; es una buena noticia.

El v. 2 habla de otra compañía, inesperada, la de las mujeres, a las que se nos presenta como curadas -evidentemente, por Jesús, aunque no se diga expresamente-. Una sola palabra para su rehabilitación y dos para su pasado: enfermedad y posesión diabólica. En el trasfondo se percibe la noción de Cristo-médico, frecuente en el periodo galileo.

La primera de las tres mujeres es María de Magdala, aldea de la orilla occidental del lago de Genesaret, no lejos de Tiberíades. La posesión por siete demonios es para los judíos una posesión de especial gravedad. Los rasgos bajo los que aquí se presenta impiden identificarla con la persona de 7,36-50.

Lucas es el único que conoce a Juana, a la que sitúa al lado de María de Magdala (aquí y en 24,10). Este nombre es raro; Cusa, el nombre arameo de su marido, se encuentra en algunas inscripciones nabateas. La función de «intendente» («administrador», «gobernador») que desempeña es poco clara. El interés que tiene Lucas por la familia de Herodes y la indicación de que Juana pertenecía a la corte no deben dissociarse. Frente a la simpatía de Herodes que, por debilidad o por malicia, se convertirá en hostilidad y lo llevará luego a condenar a muerte a Jesús, he aquí la firme decisión de Juana que deja a su marido y la vida cortesana para seguir a Jesús; Juana no se contenta con atender a las necesidades materiales. Para Lucas, forma parte de aquel grupo de mujeres galileas que asistirán a la crucifixión y serán testigos de la resurrección.

El nombre de Susana, raras veces empleado como nombre propio, significa en hebreo «azucena». El NT no nos dice nada más sobre esta mujer. De las «otras muchas» solo sabemos que sostenían a la comunidad con sus bienes. «Servir» es para Lucas y para la literatura cristiana primitiva un término general para designar diversos servicios. El servicio de las mujeres es normalmente la hospitalidad y el cuidado de la casa (como el de la suegra de Pedro, 4,39). Por consiguiente, «servir» no designa solo la ayuda en dinero. Lucas emplea este verbo en sentido pleno y concreto: aquellas mujeres tenían la responsabilidad de la organización práctica de la comunidad agrupada en torno a Jesús; compraban las provisiones y las pagaban con su dinero. El servicio y la generosidad se conjugaban en ellas.

**Paso 1 Lectio:** ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo que adviertas.

**Paso 2 Meditatio:** ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

**Paso 3 Oratio:** ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

**Paso 4 Actio:** ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?